Centro de Espiritualidad y Pastoral

Aporte - HOMILÍA del Domingo 3 de Noviembre de 2019
SEMANA 31 DEL TIEMPO ORDINARIO – CICLO "C"

SÍ PUEDO CAMBIAR

[Lucas **19**, 1-10]

Estamos en la Semana 31 del Tiempo Ordinario, muy próximos al Tiempo de Adviento, y la Liturgia nos invita, a partir del cambio que experimentó Zaqueo, a no tener miedo de ir a lo más interno de nosotros mismos para descubrir la necesidad de transformación que llevamos dentro.

Zaqueo es un hombre que sólo ha servido al Dios dinero. Por eso mismo es una persona insatisfecha. Su vida se ha quedado atrapada en la inhumanidad. El evangelio lo describe como bajo de estatura. ¿Querrá decirnos acaso que la estatura humana tiene el tamaño de la dignidad, libertad y generosidad que poseamos?

Pero Zaqueo ha encontrado un nuevo motivo para vivir. Se ha despertado en su interior el deseo de ver a Jesús. Por eso no escatima esfuerzo para encontrarse frente a frente con Él. Y Jesús, tampoco rehúsa su encuentro. Al contrario, lo mira y pide que lo reciba en su casa. Que lo deje entrar en su propia casa. Y Zaqueo lo recibe con gozo.

Este Evangelio (Lc. 19,1-10) nos muestra que Jesús, en su propia persona, es el Reino de Dios que atraviesa la ciudad y el corazón de la mujer y el hombre, sin hacer distinciones entre buenos y malos o santos y pecadores. Por eso, cuando aparezca el profundo deseo de encontrarnos con Dios, Él mismo se adelantará para encontrarse cara a cara con nosotros y convocarnos a una vida diferente.

La experiencia vivida por Zaqueo lo cambia por completo. Su estatura también cambia. De ahora en adelante su estatura será la alegría, la generosidad y la libertad. Y es que si permitimos la entrada de Dios a nuestra vida, a nuestra familia, a nuestro trabajo y a nuestra comunidad eclesial o religiosa, todo se transformará. Su presencia y su amistad no dan lugar a otra cosa que no sea comunión, fraternidad y solidaridad.

Así como Zaqueo se había dejado atrapar por sus riquezas, también nosotros nos quedamos atrapados en nuestras rutinas dañinas, aunque no las veamos, ni midamos el daño que producen. Con el paso del tiempo terminamos acostumbrándonos a lo que somos y hacemos. Incluso, llegamos a convencernos que es demasiado tarde para cambiar. Y por ello nos cerramos a la novedad de Dios y a la novedad de la vida.

A Zaqueo le bastó saber que el Señor iba de paso y no quiso perder la ocasión de conocerlo. Le bastó salir de sí mismo, romper su cerco y salir de sus arraigadas convicciones. A ti y a mí puede pasarnos lo mismo, sólo basta que nos expongamos a Jesús y al fuego de su Palabra, para que nos convirtamos en auténticos hijos de Dios y hermanos de los demás.

Qué bueno sería tener aquella audacia que nos motive a una vida diferente, para desaprender lo aprendido y poder comenzar de nuevo. Qué bueno sería un poco de riesgo que nos mueva a permitirle a Jesús que se meta bien dentro de nosotros, para que la calidez de su presencia quite nuestros miedos, para que su Palabra rompa nuestras ataduras y para que su libertad contagie nuestro corazón de su misma generosidad.

Puedo terminar la Homilía con este texto.

Señor del Camino

¿A dónde vas y a dónde quieres llegar cada tarde entre dos luces, cansado de andar y andar, hecho camino de esperanza? ¿Quién te sigue, quién se atreve a poner su pie desnudo, en tu pisada en marcha? ¿Por qué llevas sólo amor? ¿Por qué llevas paz y gracia?

¿Por qué saber que la luz de las estrellas es tu tienda en la noche que te aguarda? Caminante de corazón pobre y libre, hecho tienda abierta en tu llamada. Caminante alzando siempre la vista, como el vuelo sobre el agua de unas alas que buscan la perfección en la altura y dejan sola la playa.

Hay quienes no hacen camino, no buscan, no escuchan, no quieren, porque el alma se ha hecho sorda y la muerte se ha agarrado a sus entrañas. Te gusta dejar al paso, sin miedo y con audacia, la huella de tu pisada. Te gusta que el hombre oiga el pajarillo que el Padre alimenta cada mañana.

Señor de los caminos abiertos entre los campos que gritan libertad. Señor de los caminos que arrancan al hombre de lo seguro, de los suyos, de sus casas, de sus bienes, de sus cosas, y los lanza, a seguir tu paso hecho sendero. A seguirte, donde quiera que vayas.

Señor, si el camino es largo, si la sed y el sol abrasan, Tú, eres, Señor, en cada pisada, el vaso fresco de agua. Arranca, arráncame del apego, que mi corazón aún guarda una libertad que busca, que anhela y clama, levantar muy alto el alma.

(GA)